

más claro, sólo se obtenían como especie de siluetas. Pero ni aún éstas podían conservarse, pues desde el instante en que se quería examinar el dibujo sacado, y se exponía a la luz, la luz empezaba a alterarlo (Concluirá).

“Variedades”, *El Duende*, México, 1 de febrero de 1840.



Aparición de las imágenes en la cámara oscura por la sola acción de la luz

(Concluye)

M. Daguerre ha encontrado una sustancia infinitamente más sensible a la luz que el cloruro de plata, y que se altera en sentido inverso, dejando, en las diversas partes del lienzo correspondientes a las diversas partes de la imagen, tintas oscuras para las sombras, medias tintas para las partes más claras, y ninguna especie de tinta en las completamente luminosas. Después de obrar esta acción de la luz en las diferentes partes del lienzo, y de producir el efecto deseado, le saca M. Daguerre de pronto, y fuera ya de la cámara oscura, no por eso sufre la alteración más mínima. Parece que este Sr. se ha ocupado muchos años de esto con tanta perseverancia, y seguridad, que ha llegado al fin, rodeado de infinitas dificultades; y ahora, vencidas ya, el procedimiento de M. Daguerre es tan sencillo, tan al alcance de todos está, que se expone a no sacar de su invención el provecho que sus estudios y sus esfuerzos merecen; una cédula de privilegio será insuficiente a garantizarle la propiedad de una idea, que cada cual puede ejecutar por sí, apenas se extienda algo más.

M. Arago se propone solicitar del ministro la adquisición del invento de M. Daguerre, recompensándole de un modo conveniente. Si se considera este descubrimiento bajo el punto de vista de utilidad científica, fácil es conocer que tan sensible reactivo como el que ha encontrado permitirá hacer experimentos fotométricos, que hasta el día se han tenido por imposibles. “Tales son, dice M. Arago, los experimentos de la luz de la luna, tan importantes en el sentir de la Academia, que nombró para ocuparse de ellos a una comisión compuesta de M. Laplace, de M. Malus y de mí. La luz de la luna es trescientas mil veces más débil que la del sol, sin embargo no se ha perdido la esperanza de obtener algunos efectos sensibles, concentrando sus rayos en un anteojo de grandes dimensiones. Nos servíamos de

un anteojo enorme, y colocándole en el foco del cloruro de plata, el reactivo más sensible que se conocía, no produjo ningún fenómeno de decoloración: juzgué que M. Daguerre conseguiría mejor éxito empleando su nuevo reactivo, y en efecto, valiéndose de un anteojo no tan fuerte como el nuestro, ha obtenido a los veinte minutos una imagen en blanco de la luna sobre el baño oscuro de su lienzo. Hasta el presente sólo se sabía de un cuerpo, que fuese sensible a la luz de la luna, y es el ojo, cuya pupila se contrae al influjo de los rayos lunares.”

M. Biot añade algunos detalles a los dados por M. Arago. “He visto Muchas veces a M. Daguerre, dice, y puedo asegurar, que en los infinitos ensayos que ha hecho a tan sorprendente resultado, ha descubierto muchas propiedades de la luz, interesantes en extremo, y algunas de ellas podrían haber sido previstas por los físicos desde el momento en que hubieran tratado de investigar lo que debía suceder en ciertas circunstancias dadas, siendo en las demás completamente inesperado.”

Respecto al principal descubrimiento puedo hablar de la perfección de los resultados obtenidos, no ateniéndome a mi juicio, sino al de un artista célebre; M. Paul Delaroche opina que semejantes dibujos pueden dar lecciones útiles a los pintores más hábiles acerca de la manera de explicar, por medio de la sombra y de la luz, no sólo el relieve de los cuerpos sino también el trazo local. El mismo bajo relieve ejecutado en yeso y mármol se representará de diverso modo en ambos dibujos, de suerte que al primer golpe de vista se conocerá cual es el de la imagen de yeso.

Casi, casi se conoce en tales dibujos hasta la hora del día que representan. Se han tomado tres vistas de un mismo monumento, una por la mañana, otra a medio día, y otra por la tarde, y nadie confundirá el efecto de la mañana con el de la tarde aún cuando la altura del sol, y de consiguiente las longitudes relativas de las sombras, sean visiblemente las mismas en ambos casos.

Bien se deja concebir que, no siendo instantánea la acción de la luz en el reactivo, se necesita que la imagen trazada esté limpia, y los cuerpos que han de proyectarse en la cámara oscura estén perfectamente inmóviles. Así es que sucede a menudo que no se representan en las vistas los árboles con la misma perfección que los demás objetos; basta para esta diferencia que una ráfaga de viento agite sus ramas.

Este efecto de la agitación de una de las partes está marcado de un modo singular en dos vistas, que tiene en su casa M. Daguerre. En una se ve en primer término un carruaje, tirado por un caballo, todo su cuerpo está inmóvil y de consiguiente muy bien presentado; más a cada instante bajaba la cabeza para tomar un bocado de heno, y no está señalado el cuello ni la cabeza, pero existe cierta especie de rastro entre el lugar más alto y más bajo que ocupaba la cabeza. En el otro se ve un hombre a quien está otro limpiando las botas: no se movía y está muy bien representado, pero el limpia-botas que necesariamente debía menearse mucho, ofrece una imagen confusa, y con especialidad hacía el brazo.

“Variedades”, *El Duende*, México, 22 de febrero de 1840.